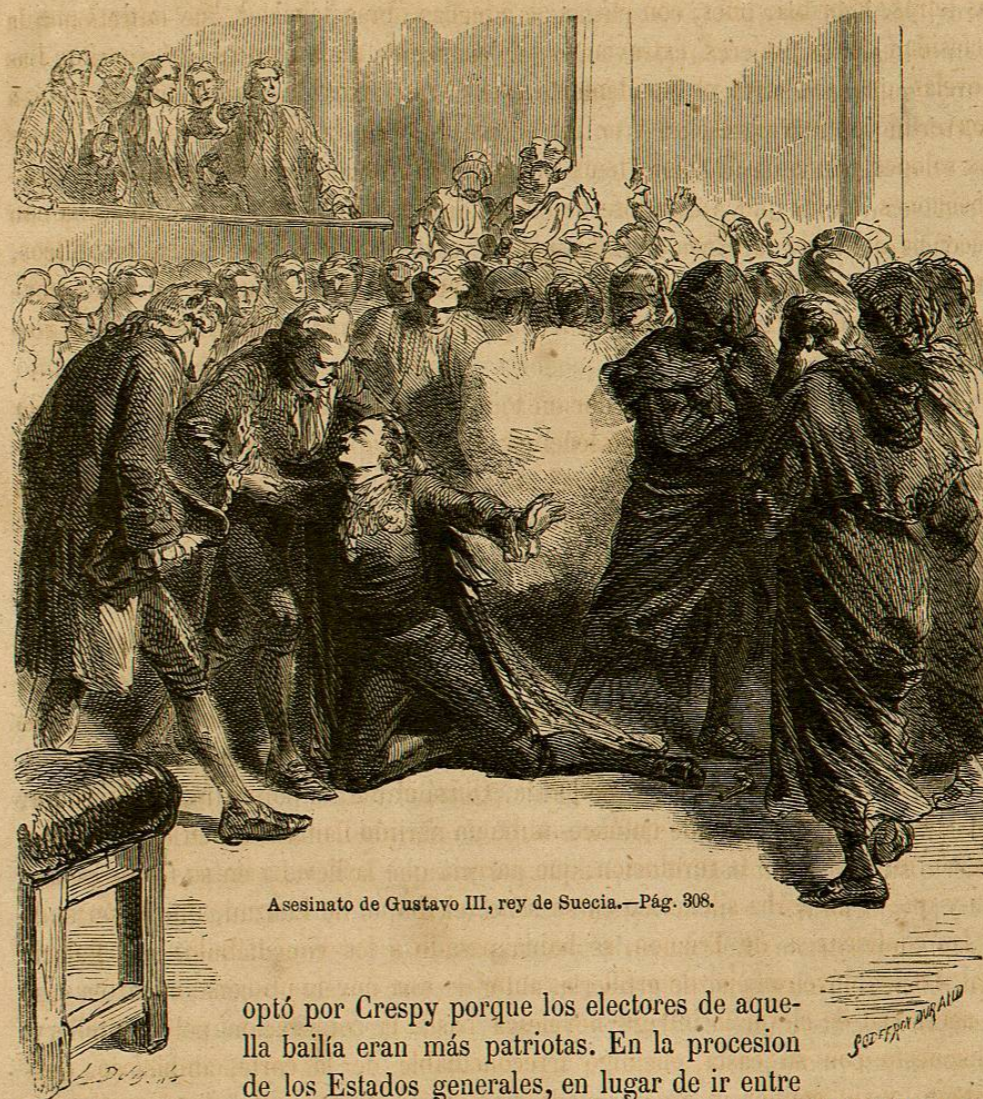


las letras. Escribía, pues, con elegancia aquellas obras triviales que entretienen la ociosidad de las mujeres, extraviando su corazón en unos amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, se habían convertido en una necesidad y en un acontecimiento de que se hablaba en todos los salones. Madama de Genlis tenía una gracia particular para esta especie de composiciones, en las que, valiéndose de cierta hipocresía de austeridad, hablaba con decencia del amor; además afectaba una universalidad de conocimientos científicos, que hacía se olvidase el sexo de la autora al ver en ella una ilustración que recordaba aquellas célebres mujeres de Italia que explicaban filosofía cubriéndose el rostro con un velo.

El duque de Orleans, innovador en todo, creyó haber hallado en aquella mujer el mentor de sus hijos. En consecuencia, la nombró *ayo* de aquellos niños. Irritada la duquesa, protestó contra aquel escándalo; la corte se burló del duque, y el público quedó aturdido al ver una cosa tan singular. La opinión, que cede finalmente al que no la teme, murmuró en un principio, enmudeció después, y concluyó por dar la razón á Orleans: los discípulos de esta mujer, si no supieron ser príncipes, aprendieron al menos á ser hombres. Madama de Genlis atraía al Palacio Real á todos los dictadores de la opinión, de suerte que el primer club de Francia se celebraba en las habitaciones del primer príncipe de la sangre. El amor á las letras cubría exteriormente aquellos conciliábulos, á la manera que la locura del primer Bruto sirvió para cubrir su venganza. Quizá el duque no era un conspirador, pero ello es cierto que desde entonces hubo un partido llamado de Orleans. Sieyès, oráculo misterioso de la revolución, que parecía que la llevaba en su frente pensativa y que la abrigaba silencioso en su seno; el duque de Lauzun, que desertando de las confidencias de Trianon, se había pasado á los conciliábulos del Palacio Real; Laclos, joven oficial de artillería, autor de una novela obscena, capaz en caso de necesidad de elevar la intriga novelesca hasta la conjuración política; Sillery, indispuesto con su casta, enemigo irreconciliable de la corte, ambicioso, descontento, y sin confiar ni esperar nada sino de lo desconocido; finalmente, otra porción de hombres más oscuros, pero no menos activos, que eran una especie de escalones invisibles para bajar desde los salones del príncipe á las profundidades del pueblo; todas estas gentes, sirviendo unos de cabeza y otros de brazos á la ambición del duque, asistían diariamente á estas reuniones. Sin duda que ni unos ni otros sabían aún con certeza el verdadero objeto de ellas, pero todos se colocaban en la cima de la pendiente para desde allí dejarse llevar por la fortuna. Lo maravilloso de ese prestigio de las masas, que es á la imaginación lo que á la razón el cálculo, no faltaba en el partido de Orleans. Las profecías, presentimientos populares del destino; los prodigios domésticos, admitidos por la credulidad interesada de los numerosos clientes de aquella casa, anunciaban que uno de sus príncipes subiría muy pronto al trono de Francia. Estos rumores corrían entre el pueblo, bien por sí mismos, bien por las hábiles insinuaciones de los partidarios de la casa de Orleans. Cuando se convocaron los Estados generales, el duque se pronunció abiertamente por las reformas más populares, encargando al abate Sieyès que redactase las instrucciones á que habían de atenerse los electores de los dominios del príncipe. Este intrigó además para obtener el título y ejercer las funciones de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza por París, por Crespy y por Villers-Cotterets,



Asesinato de Gustavo III, rey de Suecia.—Pág. 308.

optó por Crespy porque los electores de aquella bailía eran más patriotas. En la procesion de los Estados generales, en lugar de ir entre los príncipes, como le correspondía, fué á colocarse en medio de los diputados. Esta abdicacion de su dignidad á pesar de ser el más inmediato al trono, y esta pública preferencia que daba á su dignidad de ciudadano, le valió los aplausos de toda la nacion.

III

El favor del pueblo hácia Orleans era tal, que si él hubiese sido un duque de Guisa, y Luis XVI un Enrique III, los Estados generales hubiesen terminado, como los de Blois, por un asesinato ó por una usurpacion. Reunido al estado llano para conquistar la igualdad y granjearse la amistad y la preferencia de la nacion sobre todos los nobles, prestó el juramento del Juego de Pelota. Colocóse detras de Mirabeau en aquella ocasion sólo por desobedecer al rey. Nombrado presidente de la Asamblea nacional, renunció á este honor para cedérselo á un simple ciudadano. El dia en que la destitucion de Necker puso de manifiesto los proyectos hostiles de la corte, dia en que el pueblo de París nombró por aclamacion los que habían de ser sus jefes y sus defensores, el nombre del duque de Orleans fué el primero que salió de todas las bocas, y Francia tomó en el jardin de su palacio los colores de su

librea, destinándolos á ser en adelante la escarapela nacional. A la voz de Camilo Desmoulins, que fué quien dió el grito de alarma en el Palacio Real, se formaron los grupos guiados por Legendre y por Freron. Estos pasearon los bustos del duque de Orleans y de Necker, los cubrieron con un velo negro, y ellos, con la cabeza descubierta, atravesaron silenciosos por medio de los ciudadanos. Corrió la sangre; el cadáver de uno de los que llevaban los bustos, al cual habia muerto la tropa, sirvió de estandarte al pueblo. De este modo el duque de Orleans se halló comprometido por su palacio, por su nombre y por su imágen en el primer combate y en el primer asesinato de la revolucion. Esto fué lo suficiente para que se creyese que su mano era la que movia todos aquellos resortes, y que él era el autor de cuanto estaba sucediendo. Sea por falta de audacia, sea porque no tuviese ambicion, lo cierto es que jamás tomó la actitud del papel que la opinion le señalaba. Su objeto entónces no pareció ser otro que el de conquistar una Constitucion para su país, y el título de patriota para sí. Ó respetó ó desdeñó el trono; cualquiera de estos dos sentimientos le hace grande á los ojos de la historia. Todo el mundo era de su partido, excepto él.

Los hombres imparciales honraron su moderacion, y los revolucionarios se avergonzaron de ver su falta de carácter. Mirabeau, que buscaba un pretendiente en quien pudiese personificar la revolucion, habia tenido várias entrevistas secretas con el duque de Orleans, en las cuales habia procurado sondear su ambicion para juzgar si sería de tal naturaleza que le hiciese aspirar á ocupar el trono sin reparar en los medios. Aquel grande hombre se habia retirado descontento, y habia descubierto su decepcion usando, al hablar del príncipe, ciertas palabras que le eran bastante injuriosas. Lo que Mirabeau necesitaba era un conspirador, pero no halló más que un patriota. Lo que él despreciaba en el duque nó era la meditacion de un crimen, sino el que se negase á ser su cómplice, porque nunca habia pensado hallar en Orleans tautos escrúpulos. Vengóse de él llamando á aquel desinteres la *bajeza de un ambicioso*.

Lafayette acusaba al príncipe de fomentar unos disturbios que algunas veces no podia el general contener. Se pretendia por algunos haber visto al duque de Orleans, igualmente que á Mirabeau, mezclados entre los grupos de hombres y mujeres y señalándoles con el dedo el palacio. Mirabeau se defendió de esta calumnia con la sonrisa del desprecio. El duque de Orleans demostró más seriamente su inocencia. El doble asesinato del rey y de la reina dejaba todavía viva la monarquía, las leyes del reino y los príncipes herederos de la corona. Orleans no podia subir al trono sino pasando por encima de cinco cadáveres colocados por la naturaleza entre su ambicion y él. Estos crímenes, en vez de servirle de escalon para lograr su intento caso que hubiese querido ser rey, no le hubieran conducido sino á la execracion de la nacion, y hubiesen cansado hasta á los mismos asesinos. Además, el duque probaba con numerosos é irrecusables testimonios que no habia ido á Versalles ni el 4 ni el 5 de Octubre; que al salir de aquel punto el 3 despues de la sesion de la Asamblea nacional, se habia vuelto á Paris; que habia pasado el dia 4 en su palacio y en los jardines de Mousseaux; que el 5 habia vuelto á salir para este último punto, y que habiéndose roto su cabriolé en el arrabal, habia continuado su camino á pié por los Campos Elíseos; que habia pasado el dia en Passy con sus hijos y con madama de Genlis; que habia cenado en Mousseaux con ésta,

y se habia vuelto á dormir á Paris; que hasta el 6 por la mañana nó habia tenido conocimiento de los sucesos del dia anterior, pero que en cuanto los supo, habia marchado en direccion á Versalles, habiendo sido detenido su coche en el puente de Sevres por las turbas que llevaban las cabezas de los guardias del rey. Si esta conducta no era la que debia observar un príncipe de la sangre, obligado á volar en socorro de su rey y á colocarse al pié del trono entre el soberano amenazado y el pueblo, tampoco era la de un usurpador audaz que trata de aprovechar la ocasion de una revolucion, y que presenta á lo ménos al pueblo un crimen enteramente consumado.

La táctica de este príncipe consistió én estar á la expectativa, ya porque él no quisiese recibir la corona sino de la fatalidad de los sucesos y sin alargar siquiera la mano para cogerla, ya porque hubiese en él más indiferencia que ambicion hácia aquel rango supremo, ya porque no quisiese colocar su trono como un obstáculo en medio del camino de la libertad, ya finalmente porque aspirase sinceramente á la república, y porque tuviese en mayor estima el simple título de primer ciudadano de una nacion libre que el pomposo de rey.

No obstante, poco despues de aquella época, Lafayette quiso romper las relaciones que habia entre Orleans y Mirabeau. El general trató de alejar á toda costa á aquel príncipe de la escena política y de forzarle moralmente á que se desterrase él mismo á Lóndres, haciéndole entrever la posibilidad de que se le formase causa por crimen de lesa majestad. Hizo que el rey y la reina le ayudasen en este plan, alarmándoles con la relacion de los complots en que estaba mezclado el príncipe y haciendo que viesen en él un competidor al tronó. Lafayette decia un dia á la reina que aquel príncipe era el único hombre de quien pudiese sospecharse una ambicion tan desmesurada. «Caballero,—le respondió la reina mirándole con cierta expresion de incredulidad,—¿es necesario ser príncipe para aspirar á la corona?» «A lo ménos, señora,—replicó el general,—yo no conozco otro hombre sino al duque de Orleans que tenga semejantes intenciones.» Lafayette tenia un concepto demasiado elevado de la ambicion de Orleans.

Desalentado Mirabeau al ver en este hombre tanta indecision y tantos escrúpulos, y hallándole siempre por cima ó por bajo del crimen, le rechazó de sí y trató de entablar relaciones con Lafayette. Este, aunque no tenia á su disposicion sino la fuerza armada, conocia que Mirabeau tenia suficiente fuerza moral, y se sonrió en vista de la idea de un dumvirato que les aseguraba el imperio. En Paris y en Passy tuvieron estos dos rivales várias entrevistas secretas. Lafayette, rechazando toda idea de usurpacion en beneficio de un príncipe, declaró terminantemente á Mirabeau que si queria que los dos se entendiesen, era preciso ante todo renunciar á cuanto fuese ó pudiese ser en perjuicio de la reina. «Pues bien, general,—respondió Mirabeau,—ya que así lo quereis, que viva. Una reina humillada puede ser útil, pero una reina degollada no sirve sino para componer una mala tragedia.» Esta salida atroz, en que se trataba en tono de chanza si habia de derramarse ó no la sangre de una mujer, llegó más tarde á conocimiento de la reina, pero se la perdonó á Mirabeau y no impidió que entrase en relaciones con el gran orador. Sin embargo, aquella palabra dejó sin duda cierta impresion sangrienta en el corazon de aquella princesa, que desde entónces debió ya conocer lo que podia temer en lo sucesivo.

Seguro Lafayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignacion de la guardia nacional, que empezaba ya á cansarse de los facciosos, se atrevió á tomar con aquel príncipe el tono de un dictador y á pronunciar contra él un destierro arbitrario, cubierto bajo las apariencias de una mision aceptada espontáneamente. Suplicó por tercera persona al duque de Orleans que le concediese una cita en casa de la marquesa de Coigny, mujer noble y espiritual adicta á Lafayette, y á cuya casa iba alguna que otra vez el duque. Después de una conversacion que sólo las paredes oyeron, pero cuyo contenido pudo adivinarse por los resultados, conversacion á la que Mirabeau llamaba *muy imperiosa por una parte y muy resignada por otra*, se convino en que el duque de Orleans saliese inmediatamente para Lóndres.

Los amigos del príncipe le hicieron variar de resolucion aquella misma noche, y así se lo escribió á Lafayette. Este le dió otra cita, en la que le intimó que mantuviese su palabra y que partiese en el término de veinticuatro horas, conduciéndole en seguida al cuarto del rey. Allí aceptó el príncipe la mision ficticia y prometió no omitir nada en Inglaterra para destruir los complots de los fautores de los disturbios del reino. «Vos estais más interesado en ello que ningun otro,—le dijo Lafayette en presencia del rey,—porque nadie está más comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la violencia ejercida por Lafayette sobre el espíritu del duque, ofreció á éste sus servicios y trató de seducirle por última vez, presentándole la posibilidad en que se hallaba de apoderarse del rango supremo. Para esto habia ya concebido el plan del discurso que habia de pronunciar al día siguiente en la Asamblea. En él denunciaria como una conspiracion del despotismo aquel golpe de Estado contra un solo ciudadano en cuya libertad se atentaba contra la de todos los demas, «esta violacion de la inviolabilidad de los representantes de la nacion en el destierro de un príncipe de la sangre; mostraria á Lafayette como sirviéndose de la mano del rey para herir á sus rivales de popularidad y para cubrir su insolente dictadura con la sancion veneranda del jefe de la nacion, cabeza al mismo tiempo de la familia real». Mirabeau no dudaba que se sublevaria la Asamblea contra una tentativa tan odiosa, y prometió á los amigos del duque de Orleans que se verificaria uno de aquellos cambios rápidos de opinion que elevan al hombre á una altura mayor que aquella de donde ha caido. Estas palabras, sostenidas por las súplicas de Laclos, de Sillery y de Lauzun, hicieron vacilar por segunda vez al príncipe en su resolucion. Conoció éste que era vergonzoso aquel destierro voluntario, en el cual no habia visto anteriormente sino magnanimidad. En consecuencia, volvió á escribir al amanecer diciendo que no marcharia.

Lafayette le hizo llamar entónces á casa del ministro de Negocios extranjeros. Allí el príncipe se dejó vencer otra vez, y escribió á la Asamblea destruyendo de antemano todo el efecto de la denuncia de Mirabeau. «Mis enemigos pretenden—dijo el duque á Lafayette—que os jactais de tener contra mí pruebas de complicidad en los atentados del 5 de Octubre.» «Mis enemigos sí que son los que lo dicen,—respondió Lafayette;—si yo tuviese pruebas contra vos, ya os hubiese hecho prender. No las tengo, no, lo que hago es buscarlas.» El duque de Orleans marchó.

Nueve meses habian transcurrido desde su vuelta. La Asamblea constituyente habia dejado la Constitucion que acababa de votar bajo la tutela de la anarquía, y

sin nadie que fuese capaz de defenderla. El reino se hallaba en el mayor desorden; los primeros actos de la Asamblea legislativa anunciaban la vacilacion de un pueblo que hace alto sobre una pendiente escarpada, pero que está decidido á bajar por ella hasta llegar al valle.

IV

Los girondinos, adelantándose desde el primer paso al partido de Barnave y los Lameth, indicaban su intento de empujar á Francia sin prepararla hasta la república. El duque de Orleans, á quien su larga permanencia en Inglaterra habia proporcionado tiempo suficiente para reflexionar léjos de las facciones, sintió hervir en sus venas la sangre de los Borbones. No dejó por esto de ser patriota, pero comprendió muy bien que la salvacion de la patria, cuando se veia amenazada de una guerra inminente, no consistia en la destruccion del poder ejecutivo. Tambien debió despertarse en su corazon cierta compasion al ver lo mucho que sufrían el rey y la reina, pues por más que los odiase, no se habian extinguido en él aún todos los sentimientos generosos. Hallábase ya suficientemente vengado con los acontecimientos de Octubre, con la humillacion del rey ante la Asamblea, con los insultos cotidianos del populacho á María Antonieta y con las terribles noches que pasaba aquella familia, cuyo palacio no podía ya llamarse sino una prision; quizá temia tambien que la revolucion fuese ingrata con él, y llegase á tratarle del mismo modo que estaba tratando á sus más inmediatos parientes.

El duque habia salido para Inglaterra contra su voluntad, pero habia permanecido allí porque habia llegado á persuadirse de que su nombre era un pretexto del cual se servian para todas las agitaciones de Paris. Laclos habia ido varias veces á Lóndres á tentar de nuevo la ambicion del desterrado y á echarle en cara su condescendencia con Lafayette, condescendencia que Francia tomaba por cobardía. El orgullo del príncipe se habia sublevado en vista de tal idea, y amenazaba con que se volveria á Paris. Las representaciones de Mr. de la Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Lóndres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de Lafayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laclos. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de la Luzerne, hallada en la *alacena de hierro* entre los papeles reservados del rey. «Declaro—dice Mr. de la Luzerne—que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville; ayudante de campo de Mr. de Lafayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarian algunos hombres malintencionados que se servirian de su nombre para promover disturbios y alborotos, no sólo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el más mínimo pretexto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina; pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando ménos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió, fué á dar las gracias al ministro, y le dijo que tenia á